

## PAREJA Y MULTITUD

transgresión de lo feo, la única posible frente a la multitud de lo hermoso, frente a la hermosura como multitud (playas, grandes tiendas, concentraciones juveniles de música, etc.) Yoko/John han herido a la multitud, no por desnudarse, sino por desnudarse *no siendo hermosos*.

Como todos dudamos de nuestro desnudo, la foto famosa nos ratifica al mismo tiempo en nuestro desnudo y nuestra duda. De ahí la adhesión mundial, juvenil o progre, a esa fotografía. Transgresión social: son ricos y él es marxista o marxioanarco. Esta fecunda contradicción hiere por igual a los burgueses y a los socialistas que quieren mitos de una pieza. Tres transgresiones (racial, estética, social) dan la *intensidad* de esta pareja/piloto de nuestro tiempo.

¿Cuál es su *duración*? El compromiso, como en Sartre/Beauvoir. El compromiso con la paz. Un compromiso tan elemental y dominical como lo han necesitado las sucesivas mocedades del mundo, hasta la asamblea funeral de Central Park (celebrada, por cierto, contra la voluntad de un guarda del parque que no gustaba de la música de Lennon, como aquí en España Buero Vallejo u Otero Besteiro).

## El siglo se seculariza

No hace mucho me inventé esta tautología: el siglo se seculariza. (Quizá la tautología sea mi género literario que no tengo). El siglo se seculariza, el romance de los Windsor se televisa, el compromiso de Sartre y la paz de Lennon también se secularizan, se marketizan, se congelan en el hipermercado junto a la carne congelada.

La pareja es la penúltima alternativa (la última es el suicidio) frente a la soledad/multitud. Su *intensidad* es la ilegibilidad (a ojos del mundo) y su *duración* es, paradójicamente, su apertura. ■ F. U.

# LA ULTIMA FORMA DE AMAR

MANUEL VICENT

**E**N materia de sexo lo último que se lleva es cierta desgana elegante. Los más audaces en un exceso de vanidad pueden llegar con esta moda hasta presumir provocativamente de imponentes. Pero este farde tan sutil de momento sólo está reservado para los elegidos, en realidad se trata de un pase privado de modelos de lo que se llevará la temporada próxima. Lo fino ahora sigue siendo todavía ese suave punto muerto en que no se sabe exactamente si uno es un destripador de prostitutas jubilado que se ha metido en el Opus con voto de castidad o va de homosexual vergonzante por la vida o es un aberrante que se está quieto porque no encuentra un aparato erótico a su medida en las tiendas del ramo ni un animal lo suficientemente cariñoso ni un martirio que le guste. Esta desgana sexual no tiene nada que ver con el aburrimiento. No responde a esa imagen del amante enmudecido que lee el periódico por encima de la sopa juliana mientras ella consolida el odio comiendo a dos carrillos. Tampoco se

deriva del hermaneo de carnes cuando la pareja después de mil programas de televisión en común, al terminar el tercer telediario se palpa el muslo mutuamente y nota que ya no hay corriente eléctrica. La última moda sexual consiste en una abstinencia activa llena de gestos amorosos, que coincide con el final de la docilidad femenina. Cortarse las uñas juntos, sacarse con todo mimo una espinilla o la mota del ojo, compartir amistosamente el laxante y hablar largas horas de las propiedades de la nueva marca que acaba de salir al mercado, acariciar el juanete del otro escuchando la sinfonía Fantástica de Berlioz, he aquí la forma de intimidad más avanzada.

Estéticamente queda muy prehistórica la agresividad del macho. Nada hay más pasado que la potencia de aquel jefe de negociado que arrimaba secretarías contra el fichero de la oficina o del padre de familia que reducía a la criada junto al armario ropero o del estraperlista que metía cien pavos en el canalillo del escote a una chica de club. Son restos inocentes de la fórmula del verdugo erótico que no se había movido desde los tiempos del coito carnicero de la comunidad patriarcal y se ha transformado a través de las edades en el

¿SIEMPRE TE LO HACES CON ALGUIEN QUE NO TE GUSTA?



NO... SI... NO SÉ.

A MÍ NO ME GUSTA NADIE HASTA QUE NO LO CONVIERTO LO SUFICIENTEMENTE Y PARA ENTONCES YA NOS LO HE LAS HECHO.



ASÍ, SI DECIDO QUE NO ME GUSTA, ES DEMASIADO TARDE PARA DEJAR DE HACÉRSOSLO.



fanatismo sexofóbico del medioevo, en las torturas excitantes de la Inquisición sobre el cuerpo de una bruja inconfesa, en el sentimiento de culpa del humanismo cristiano, en el satanismo tísico de cualquier lechuguino decimonónico hasta desembocar en este mundo de machos electrónicos, rokeros, punkeros llenos de garfios, cueros y motocicletas trucadas que son una prolongación del pene violento.

Durante milenios la mujer había acoplado a este concierto brutal su partitura masoquista. Y parecía que la cosa era de Dios hasta que en los últimos tiempos asomaron la cresta por todo occidente señoras como Cristina Alberdi, pero mucho más fieras, con la polaina puesta, el taco en la boca, la cara lavada con lejía y los dedos manchados con tinta de bolígrafo, una versión económica de la amazona o una nueva lectura de la mujer fatal a través del feminismo, que arrinconaron y apabullaron al macho contra el mostrador del pub de Santa Bárbara. En el componente sadomaso de la relación amorosa ellas comenzaron a ejercer el papel de flageladoras mediante el panfleto, el ligue activo, el copazo de coñac hasta las ingles, las hebillas militares en el ombligo y el salto de pantera sobre los riñones del jefe de la oficina. El susto que se llevaron los tíos tuvo una consecuencia inmediata. Bajo la amenaza de estas divinidades maternales se vieron en seguida las primeras columnas de desertores. El hombre es un animal de psicología muy débil. Si dos mujeres colocadas en cada flanco se ponen a adularlo, puede reventar en un minuto como una rana hinchada. Por otra parte el hombre también es un ser indefenso. Si se ve atacado frontalmente por una señora, se arruga como un guante y comienza a hablar de política. Ultimamente se ha visto a viejos soldados del sexo, a violadores con una navaja de muelle en la bragueta tomando te con pastas a las cinco en un rincón del garito con gran tembleque de muslos, muer-

tos de miedo, mientras un corro de chicas duras con la bota nerviosa en el estribo del mostrador los incitaba con un rictus húmedo de cazalla. Conociendo el desamparo que habita en el fondo de la agresividad machista y la cobardía que se deduce de la vanidad malherida, no es extraño que las puntas intelectuales de la moda encuentren más confortable y cariñoso a un levantador de pesas o que los dulces niños de boutique busquen las caricias de un cabo gastador.

Después se estableció el armisticio. En la década de los sesenta se quiso firmar la paz en el terreno de nadie y se ensayó la forma de amor polinesio. Se trataba de gente avanzada, de la cúspide de una minoría estética que hace siempre las primeras degustaciones de cualquier clase. Y así, cuando el grueso del pelotón estaba dividido todavía en machorros con fijapelo y feministas con una rueda dentada en el pubis, los nuevos precursoros, con la mente puesta en Oceanía, montaron las primeras comunas donde las palmeras sobre el mar del coral fueron sustituidas por unos jergones de buhardilla o sillars de enea en un corralón de masia abandonada, los ritos de la fertilidad por un turno riguroso para limpiar los platos y los adornos florales, los cosméticos de aceite de benjuí, sándalo, jengibre y polvos de arroz por cualquier potingue adquirido a un moro en la plaza de Cascorro. Pero el invento funcionaba. Aquel amor importado por los hippis puso a la mujer dentro de la tribu ambulante en una posición social elevada y la libertad del hombre se vio recortada a la hora de dar la papilla al hijo del grupo bajo una higuera o de lavar los pañales en el arroyo cercano y aun con todo le quedaba tiempo para tocar la flauta de indio.

Lo que quiero decir es que eso también se ha venido abajo. Ni se lleva el machismo, ni mola la agresividad femenina, ni tiene sitio el amorio de papaya con collarones de petu-

nias y taparrabos de virutas. Tampoco pega nada la salida por la puerta falsa, los violadores que se han hecho mariquitas por puro pánico, las feministas que se han convertido en lesbianas porque no encuentran a un tipo con arrestos para despeñarse por el acantilado del monte de Venus, las comunas de tercero derecha llenas de felicidad polinesia pero que tienen que pagar puntualmente el recibo del gas. Esto no significa que hoy ya no se utilice la cama. Ahora incluso mucha gente se casa todavía. Existen parejas que ligan en un bar, en las estaciones de metro o en las conferencias de Aranguren y piensan rematar lo suyo a la vieja usanza después de un par de cafés con leche. Pero aun en este caso lo morboso es el misterio muy de este tiempo, no saber si el tío dará un gatillazo, o será el destripador de El Batán, o comenzará a cantar un aria de Puccini en el último momento, pensar mientras se alcanza el rellano si ella no será un travesti con cuatro trienios en el Servicio Nacional del Trigo, o una monja liberada del Congo, o una concienciada que arriándose la lencería te preguntará por la huelga de los metalúrgicos o una virgencita de BUP.

Al margen de estas reminiscencias lo último que se lleva es el amor puro. Besos en la frente, sobeteo de mano en el cine, frotaciones de nariz a la luz de una farola, sonrisas dulces bajo el paraguas, pero todo eso en parejas de cuarenta años, entre casados con cinco hijos. El coito queda como un combate hortería o una rudimentaria bajeza. La elegante desgana sexual repleta de mimos amorosos de ternura adolescente es la moda más audaz importada de California. La cópula se convierte al cabo de un trimestre en un paraíso soñado, aunque siempre aplazado e inalcanzable. Al final uno acaba poniéndose a hervir. Entonces hay que frotarse las yemas de los dedos mutuamente, cortarse juntos las uñas de los pies para regenerar el instinto. ■

## FEIFFER

